

BOUQUETS DE PARIS

III

RESQUEBRAJAMIENTO (Año 1950)

I

Le rêve
Espoir, belle parole;
Ilusión, fleur du cœur,
amour, sacrifice;
jeunesse pleine d'effort, pour aller conquérir sa gloire.
Sa gloire qui l'offre son travail de l'âme rendue avec joie.

Traducción

El ensueño.
Esperanza palabra bella:
ilusión, flor del corazón.
Amor, sacrificio;
Juventud llena de esfuerzo para ir a conquistar su gloria.
Su gloria que le ofrece su trabajo de alma rendida con alegría.

Es maravilloso pasear por París, es maravilloso conocer los lugares descritos antes por los poetas, descubrir las típicas calles representadas por los pintores, conocer los monumentos de su inmortal historia: “La Bastille, Versalles, la tumba de Napoleón, el Panteón de los Hombres Ilustres”.

Todo trae recuerdos imborrables, rememorando algún acontecimiento famoso de la historia, alguna obra inmortal, como La Bohème, con Mimí y Rodolfo, que se hicieron imborrables. Las piedras de Notre-Dame, con su historia de siglos, las impresionantes campanas: La María, La Grande, La Pequeña; las que tocaba con pasión Cuasimodo, oyendo solo su sonido y embriagándose con él, el monstruo sordo de Notre-Dame, que gime y vive en sus torres, durante el tiempo que dura la lectura de Nuestra Señora de París de Victor Hugo y luego queda flotando en el ambiente su espíritu, tanta fuerza

tiene la obra y tantas otras grandezas de las que atesora París, todas ellas inmortalizadas por los genios que le han dado forma.

París es un libro abierto, desconocido y conocido por el novel visitante, ¿Pues quién no ha leído nada de París? ¿Quién no ha paseado por los Campos Elíseos, asistido a la ópera y cenado en Montmartre, siguiendo el hilo de alguna inmortal obra descrita por el artista?

¿Quién no ha visto sus monumentos una y otra vez en las revistas, en el cine y en cuadros de geniales maestros? ¿Y el Sena? ¿Quién no se ha estremecido con sus aguas grises, llenas de misterios y de tradición?

Todo es tan conocido, que aunque nunca se haya visitado resulta familiar, y emocionalmente conocido.

Y ese don tenía para mí París, emocionarme, sobre todo en mis dos últimas visitas, cuando ya era mujer y sacaba su esencia por otras reminiscencias, cuando ya comprendía las cosas y le daba a cada uno su valor de historia o de recuerdo de mi vida anterior cuando era niña y vivía con mi familia en París, donde fui a la escuela y jugaba con niños de allí.

Se mezclaban mis recuerdos con los de las obras leídas, que trataban fascinantemente de allí y cada cosa tenía un símbolo, como un trozo de historia mía o de otras que yo sentí palpar en mis lecturas. Alfredo de Musset, Alejandro Duma, con la Dama de las Camelias, Balzac... Todo equivalía a París y los cuadros de mi padre también; aquellos cuadros misteriosamente poéticos que tiene el don de pintar él y si algún día es inmortal, inmortal será su Sena en Asnières, tan profundo, tan misterioso, tan dramático. Todos los misterios del Sena parecen reflejados allí, en su pincelada recia, en su poesía innata que no se adquiere, se nace con ella; en sus melancolías del alma que da la vida a los espíritus sensitivos y se trasfiere a las obras y su Rue Adelaïde, donde teníamos nuestra casita y desde su ventana hizo aquel cuadro entrañable, que hace pensar, con su bujía encendida en el taller del Monsieur Boucly, en una tarde gris, de lluvia, dramático hasta la exageración, tal vez por la suerte inconscientemente presentida de aquel hijo que más tarde moriría, por eso quizás pintó aquel cuadro después de uno que pintó el hijo del mismo punto y lugar, sintiendo su impulso; mi padre era su maestro, pero al mismo tiempo él decía que Honorio, mi hermano mayor, a veces también era su maestro y que los dos se complementaban, por eso él pintó el cuadro en una tarde gris y lluviosa, para darle el tono de melancolía que había conseguido mi hermano, con los tonos tantas veces grises que había empleado mi padre, su maestro. Hubiese sido un gran pintor, por las formas muchas veces un tanto cubistas que salían de sus obras que apenas tuvo tiempo de realizar.

Aquel hijo extraordinario desde niño, con una personalidad muy acusada, que a todos sus compañeros les sorprendía con sus dibujos e inventos, que muchas veces iban a mi casa a ver lo que hacía, y ver la máquina de cine inventada por mi padre, que él trataba de perfeccionar y a ver las películas que él realizaba con dibujos hechos por él; aquel hijo, en París, que a los dieciséis años sin saber andar en bicicleta, se arregló una vieja que le dieron mis tíos y aprendió en una tarde a andar y en ella recorrió París entre el conglomerado de autos del centro y salió indemne de su hazaña. Mi padre cuando se lo contó, se extrañó de que no le hubiese aplastado un coche y tuvo miedo por aquel hijo entonces, una vez de haber pasado el peligro.

Aquel hijo que luego fue repartidor de periódicos, con tanta pericia y destreza como si hubiera nacido montado en una bicicleta.

Aquel hijo pintor, poeta ignorado, que hacía pequeños apuntes y los guardaba tímido, como con vergüenza de enseñarlos y pequeñas historias de aventuras con dibujos que

parecen que hablan con su boca muerta al cabo de tantos años y que jamás podrá pronunciar lo que sintió al hacerlos y dibujarlos y todo ello sin alardes ni presunción, con sencillez como era todo lo suyo, como los grandes personajes; pero en apariencia solo se ve un muchacho humilde, montado en una vieja bicicleta, como quien no es nada, como no es nadie, y dentro de él va el gran hombre capaz de esa proeza, aquel pintor, poeta que jamás llegaría a ser por su muerte cruel y prematura, sin dejar su capa de niño, aunque fuera adulto de hechos desde su niñez.

Todas esas tristezas están representadas en las cúpulas del Sacre-Cœur de aquellos cuadros de mi padre, impresa por siempre en otro de sus cuadros del Mortmartre, tremendamente espiritual y el del Parque de Saint-Cloud, misteriosamente señorial, casi hasta el escalofrío y el Sena en otro cuadro y otra vez con su tristeza auestas, por la lucha por la vida, por los tiempos difíciles, mientras mi madre, la señora de un acomodado dibujante en su pueblo, hacía ménage en París, para ayudar al marido a sacar adelante a la familia y él, el artista, con toda su sensibilidad pintaba cuadros de Sevilla y “Olé” para un comerciante, porque tenían aceptación.

Pero la obra que puede ser importante, está allí, en una carpeta con todas sus melancolías, con todo su arte, con toda su alma de pintor que sabía captar el paisaje y hacerlo sentir como sentía su alma sensible de artista.

Luego, cuando fuimos todos a la foie de Levallois, con mi hermano el pequeño –hoy pintor también, le decía mi padre contando el dinero pensando en su economía:

-¿Qué quieres, croissant o tiovivo?

Y mi hermano decía:

-¡Croissant! – muy serio.

Y cuando se lo comía añadía:

-Y ahora tiovivo.

Y mi padre reía y claro, le montaba en el tiovivo y se deleitaba con todos nosotros como un chiquillo, lo mismo que mi madre; ambos eran jóvenes, llenos de vitalidad y de lucha por la vida. Y luego nos parábamos a ver las variedades exteriores de las barracas, donde un chico guapo, con los ojos pintados, con gorra y pañuelo a lo Chevalier, imitaba su música y la canción entonces en boga.

- ¡ Prosper y Upla Boum, c'est le cheri des ces dames!. ¡Prosper y Upla Boum !

Y todos regresábamos cantando por el camino, imitándole, con más gracia que ninguno mi hermana.

- ¡Prosper y Upla Boum...! Y dando el saltito que el guapo mozo de los ojos pintados daba en ese punto.

Todos estos recuerdos vienen a mi memoria, por eso me emociona París, por eso significa para mí tanto París, el recuerdo del hermano poeta pintor desaparecido, montado en su bicicleta repartiendo periódicos, mi hermana que se hacía mayor, cuidando una niña, o sea sirviendo, mi madre haciendo ménage, el artista haciendo obras geniales en casa y de encargo calles de Sevilla, y decorando bares y vendiendo pequeños cuadros con obra grande dentro también y mi hermano el pequeño y yo, yendo a la escuela, luchando con nuestro francés, con nuestra historia, con los indescifrables problemas y la alegría de la familia reunida, paseando a pie por todo París, mientras mi padre nos contaba relatos relacionados con cada lugar y comiendo nuestros sabrosos croissant y cantando “Prosper” y enseñándonos el plano del metro de memoria por si nos perdíamos, para regresar a casa sin ningún tropiezo. Las visitas al Louvre donde mi padre se deleitaba ante las grandes obras de todos los tiempos, que tenía fortuna de ver al natural y se entusiasmaba mostrándonos la maestría de aquellos genios que tanto admiraba, comprando y viendo, de joven en su país aquellos libros de

arte, donde estaban representados; pero verlos a lo vivo ni se lo hubiese imaginado. Luego vinieron tiempos más prósperos, cuando mi padre trabajaba tallando para un arquitecto y después haciendo decorados bien remunerados en la Sala Pleyel, lo que le dio ocasión de ver ensayos de algún estreno y ver y tratar con artistas que luego fueron famosos.

Todo eso representaba para mí París y muchos pequeños sucesos acaecidos a la familia, anécdotas a causa de la lengua y pequeñas felicidades y grandes felicidades por estar todos reunidos, que sería ya por poco tiempo.

“París, toujours Paris” por esos años, evocaba con nostalgia esos recuerdos, paseando por los mismos lugares de entonces. Ya no se cantaba “Prosper” se cantaba La Vie en Rose y les Feuilles Mortes de Charles Trenet, estaba en pleno furor la Piaf e Ives Montand y siempre se mezclaba en el ambiente las viejas chansons de siempre con las nuevas, las añejas costumbres a las modernas, las tragedias de antaño con las de ahora.

Se veía El Barbero de Sevilla en la Opera Comique y se contemplaba el cinerama como novedad. Les Folies Bergères, que a la sazón estaba en edad de ver y en Pigalle la película le Moulin Rouge, que descorrió un telón y nos plantó en tiempos de Toulouse Lautrec, haciéndole conocido hasta el más remoto rincón del mundo, que jamás supieron que existió.

Los años pasaron y corrieron con sus modas, costumbres y extravagancias y siempre quedaba algo de ello para la eternidad; se sucedieron las historias a cientos y seguirán sucediendo aquí y allí y en todas las partes y una de esas historias que se contaron, en ese escenario con cabida a lo bello y a lo monstruoso, a lo fino y a lo repulsivo, a la elegancia y a la extravagancia, al arte y al fracaso, a la alegría y al dolor, voy a relatar, pues es inevitable, es la vida, por tanto es una cadena que sigue y seguirá por siempre.

II

Las costumbres han cambiado; pero en el fondo todo sigue igual, por eso esas muchachas de ahora que sirven en París se parecen a las de antes, quizás con más cultura, pues la experiencia la adquieren allí y es a una de ésta a la que voy a referirme.

Yo hice amistades con unas chicas de mi ciudad, que trabajaban en París, llevé una carta y un encargo para una que en mi ciudad era modista, una de tantas, pues Vitoria y aún creo sigue siendo, era llamada la ciudad de las modistas, Midinettes en francés. Yo también entonces era modista y ésta cansada de seguir toda la vida igual, decidió probar suerte en París, alentada por otras amigas que antes dieron ese paso y éstas por otras y así sucesivamente.

En Vitoria era una chica fina, educada, con bastante cultura y cierta elegancia y gusto en el vestir, era su oficio, en París sirvienta, una de tantas también.

Yo entablé amistad al llevarle un encargo de su familia, nos hicimos amigas y de vez en cuando salía con ella; por mediación de ella conocí a otras muchachas del mismo oficio y de distintas ciudades, todas alegres, todas unidas. Al estar lejos de su casa y tierra, se unían y se ayudaban, se protegían; eran como una especie de familia que se interesaban unas por otras y se consolaban de sus soledades y a veces de sus incomprensiones.

Los días de salida se citaban en Wagram, en la boca del metro y se juntaban hasta veinte o más chicas, luego formaban sus grupos y se dirigían a sus paseos, compras y puntos proyectados de antemano.

Lo pasaban bien los días libres, no entraban hasta la mañana siguiente al trabajo y no tenían la preocupación del tiempo, paseaban o hacían sus compras, pues se volvían caprichosas; como tenían dinero les tentaba los escaparates, las novedades, la fina bisutería y el bien vestir, luego cenaban en un libre servicio o si no se juntaban en casa de una varias, con cena que preparaban a usanza de su tierra, tocadiscos y añoranzas de su país y a la noche iban al cine o al baile o un paseo por los Campos Elíseos, contemplando la elegancia de sus paseantes de lujo, para volver a su habitación en el ático y esperar con ansia el próximo día de salida.

Era curioso pasear con esas chicas que la vida les había vuelto desenvueltas, se las arreglaban a las mil maravillas a pesar de no saber bien el francés y siempre tenían gracejo en sus expresiones, la risa pronta y la nostalgia de la familia y tierra, en todas sus manifestaciones. Era curioso y conmovedor, te contaban sus penas, sus soledades, sus pequeñas tragedias, sus abusos en el trabajo y la maña y artimañas para pedir aumento de sueldo.

Había dos de Vitoria en el grupo, una de San Sebastián, que me llamó la atención por su estilo, belleza y elegancia, parecía una aristócrata más que una sirvienta y según me dijeron era señorita de compañía de una anciana, que la mimaba haciéndole regalos fabulosos; pero le exigía continua presencia a su lado, robándole hasta días de salida, lo que fastidiaba a la muchacha que no era libre como las otras y aunque tenía un puesto envidiable, no estaba contenta y ansiaba liberarse de la pegajosa presencia de la anciana, que la exhibía ante sus amistades, ancianas asimismo, como una pieza de museo.

Había una gallega todo redondeces y dicharachera y una castiza madrileña de pelo negro, vistosa y con grandes aros en las orejas; ésta era la más antigua en París, la que había mudado de casa varias veces y la que tenía mejor salario por su experiencia y por saber exigir sin pudor y sin la timidez de las principiantes.

Tenía modales desenvueltos y formaba los planes para el modo de pasar la tarde; era como si dijésemos el eje de la cuadrilla al que iban a parar todos los puntos.

Por el momento tomamos el metro para dirigirnos a nuestras direcciones precisas. Hasta la Cité casi todas y fue un derroche de risas, voces y gritos, que presenciaron los comedidos franceses durante ese trayecto; yo me sentía un poco cohibida y conociendo las costumbres francesas, me sentía un tanto confusa y avergonzada; pero dicen que la unión hace la fuerza y no hice remilgos, riendo, aunque procurando ser discreta, las gracias de las muchachas.

Como estábamos dispersas en varios asientos y otras de pie apoyadas en la barra central y con franceses por todos los lados, pues el vagón estaba completamente repleto de gente, la gallega gritaba a voz en cuello para hacerse oír por su compañera distante:

- ¡Felisa! ¿sabes lo que me daba de comer mi madame? ¡Verduras con papas y carne y yo le he dicho que las papas se las coma ella, que yo me comeré la carne...!

- ¿Y ella que te ha dicho?
- ¡Nada! Se ha reído, como no me ha comprendido.
- ¿Le has hablado en gallegu? le dijo burlona ésta.
- ¡No, en francés le voy a hablar que no se! Pero me he comido la carne; así como no estoy a la noche, no tendrá más remedio que comerlas ella o tirarlas.
- Las meterá al frigorífico y te las dará mañana otra vez.
- Pues me comeré solo la carne para que aprenda, las papas que se las coma ella, que bastantes he comido en mi pueblo; vine aquí a mejorar y será en todo.
- Como estás gordita te mermará la ración, pensará que comes mucha carne.
- Y con buenos ojos que me mira, ella tan flaca...

Todas reíamos, pues tenía su gracia y sobre todo oír hablar español sin ambages, en aquel metro francés y el que más se reía era un señor calvo, sentado cerca de una de ellas, haciendo grandes esfuerzos por disimular la risa.

- ¡Oye! Fíjate en ese calvo que va a tu lado, parece que va a reventar.
- ¡Cállate!, que a lo mejor te entiende...

Y el señor calvo reventó y exclamo al mismo tiempo:

- ¡Claro que entiendo, como que soy español!

Afortunadamente llegamos pronto a la Cité y bajamos todas, quedando en el metro el señor calvo con su chasco y su risa y los demás franceses con su respetuoso o no pensamiento hacia aquella jauría charlatana, que se expresaba y se divertía sin miramientos. ¡Son únicas!

En la Cité nos separamos para tomar otras direcciones. Yo fui con las dos vitorianas, la madrileña y un par de ellas más a Montmartre, a Bouchará, a comprar tejidos de encargo para mis amigas de Vitoria, la madrileña a comprarse un traje, muy llamativo dijo y las otras a ver si encontraban algo interesante y, claro que lo encontramos, cada una al estilo que deseábamos y todas salimos contentas, regresamos andando sin prisa, cada una contando sus cosas y citándonos en sus casas para que fuera a visitarlas otro día y presentarme a su madame, que en cierto modo presumían, todas, de sus casas, aún sacándoles todos los peros y defectos.

Esas reuniones resultaban un desahogo para sus corazones solitarios, en ambiente distinto, en costumbres desconocidas, tan opuestas a las suyas y en su forma de vida con gentes extrañas, que no conocían sus gustos, su forma de pensar, ni los motivos que las llevaron allí y tal vez ni les interesaba.

Todas deshojaron su corazón y contaban sus penas.

Una muy jovencita, casi recién llegada, que no sabía aún el francés y pegada a la madrileña como una sombra, como buscando en ella apoyo y protección, con su mirada triste, pues nada parecía ilusionarle, que miraba a todas en sus compras sin hacer ningún gasto, indiferente, sin interés en ello; nos contó, desahogando su pena, que no hacía aún un mes que había llegado, no se había amoldado al ambiente y todo le parecía tan extraño y opuesto a su pensamiento, que aún no le seducía.

Era de un pueblo de Castilla que hacía un par de años había llegado a Madrid, a trabajar de sirvienta, el empleo se lo buscó su novio, del mismo pueblo que ella, que trabajaba de albañil en Madrid desde algún tiempo, ganaban poco y querían casarse, sus padres eran pobres y no podían ayudarles en el difícil comienzo sin casa y sin muebles, por eso por mediación de otra sirvienta que dio ese paso antes que ella, fue a París a ganar dinero y a ahorrar; como el novio tenía que ir soldado, aprovecharía ese tiempo en el extranjero, hasta que se licenciase, después regresaría a España a casarse, con perras y tal vez si no les iba bien las cosas allí, volverían los dos a trabajar a París.

No podía apartar su tristeza, su tremenda añoranza del chico guapo que era su novio y nos enseñó su retrato que siempre llevaba con ella, parecía un chiquillo, aunque era dos años mayor que ella, que era otra niña, guapa, pequeña de estatura y con aire provinciano en el vestir; su sentido de la vida era maduro, filosófico y patético.

- ¡Mira! —dijo una de mis amigas- a ti te ocurre lo contrario que a mí, yo en cambio he abandonado mi pueblo, por separarme para siempre del hombre que amaba.

Y nos contó a su vez su pequeña historia.

- En mi pueblo vivía bien, de familia acomodada y sin apuros económicos, alta, guapa, bien vestida y con su cierta cultura de muchacha refinada. Su novio era rico. Ella no lo era, a pesar de no vivir mal y ahí estaba la diferencia, por otro lado éste era juerguista, gastador y no muy fiel en las citas con ella, por cuyo motivo temía, lo mismo que su familia, que el día menos pensado concluyera con aquel desigual noviazgo; como hacía frecuentes viajes de negocios o de recreo, a la capital, cosa que ella no estaba bien enterada, o ambas cosas al mismo tiempo, en los que no era muy puntual con la correspondencia, decidió para poner fin a aquella situación nada obvia, alejarse para siempre de su camino; tenía familiares en París, les escribió solicitándoles ayuda y que le buscasen empleo, el modo más asequible para una chica extranjera era de sirvienta y allí fue en pos de aquel trabajo que no había realizado nunca. Estaba contenta en París, todo le entusiasmaba y como tenía buen gusto y no estaba agobiada de perras, se compraba bonitas cosas, e iba elegante, asemejando más a una oficinista que a una sirvienta, sin embargo sentía una tremenda nostalgia por la familia, de su vida anterior y del novio que no había logrado olvidar, pese a su empeño; en su última visita a la familia, estuvo a punto de concluir con su vida altruista que se propuso, pero gracias a su buen juicio, tuvo acierto y siguió recto su camino, con dolor, con una espina en el corazón, pero con entereza, que según decía la salvo de verse de nuevo prendida en las redes de aquel amor que podía ser engañoso.

Durante sus visitas a la familia no se veía con su antiguo novio, apenas si se cruzaban alguna vez de resbalón, siguiendo ambos su vida, él en su mundo y ella con su idea de apartarse del todo en su camino; pero en el último viaje, hacia apenas unos meses cuando ella regresaba a París, coincidieron en la estación, él que volvía de uno de sus viajes le habló, le preguntó donde iba y quiso impedir su marcha, ella no le escuchó, montó en el tren y él tras ella, durante todo el trayecto hasta Hendaya trató de persuadirla para que regresara a su casa, reanudarían las relaciones y pronto se casarían; ella tenía sus dudas, sus temores y su sentido de la palabra dada a sus familiares y a sus señores donde servía; no cedió a sus promesas, a sus tentaciones, pero no quiso perderlo tampoco y le prometió que sería el último viaje que haría a París, en las próximas vacaciones regresaría y si él lo deseaba, nunca más partiría. Así ella quedaba bien con todos y él podía esperar, pues no le costaría tanto esfuerzo en su vida distraída que llevaba.

Fue triste la separación por ambas partes, les costaba desprenderse las manos enlazadas con amor, como si fuera un final no deseado por ninguno de los dos.

Al principio todo fue normal, todo feliz, hasta que empezaron a escasear sus cartas y al final nada más supo de él, solo silencios.

Escribió a una amiga y esta le contestó que frecuentaba asiduamente la compañía de una joven distinguida de la ciudad, ambos eran ricos y podían llegar por tanto a un lógico final de acuerdo con su posición y vida social.

- Desde entonces lloré mucho y me desesperé, pero ya no iré este año a la ciudad, en las vacaciones me marcharé con una amiga a Niza, está todo dispuesto y allí me

emplearé en un hotel, como ella hizo el año pasado, ganaré unas perras y visitaré esa parte de Francia que no conozco, ahora estoy tranquila, pero eso no quita para que de vez en cuando sienta honda pena; pero no volveré más, no quiero ser juguete, otra vez de sus caprichos de niño mimado.

Yo admiraba su entereza, su decisión gallarda, su cordura de gestos en todo momento de aquel difícil noviazgo y la miraba a ella guapa, atractiva, serena y elegante y a pesar de todo le auguraba buena suerte en la vida, pues era una muchacha heroica y así sería su camino.

- Eso no es nada –repuso entonces la madrileña vistosa con grandes aros en las orejas y desenvuelta como ninguna, con la seguridad que le da la experiencia y la lucha por la vida- Yo os podría contar, una historia que deja pequeña a todas y que le ocurrió a una compañera mía, ya mayor, enferma y sola, borracha y fumadora, como se dice en mi país, como un carretero.

Y de tal suerte comenzó la historia que voy a relatar, que quedó impresa en mí con tal fuerza, hasta el punto de quedar insertada en estos relatos parisinos, que me parece el más parisino de todos, como una obra más de aquel vertiginoso vivir, en el que se tejen historias y se destejen con facilidad que a veces espanta, pero nosotros mismos somos incapaces de detenerlas, ni detener el tiempo...

II

RESQUEBRAJAMIENTO

“Hace años entré a servir a una casa que tenía una vieja cocinera española, la cual llevaba más de veinte años en la misma casa, era seria, más aún, huraña, astuta y desagradable, jamás hablaba y nunca reía, solo bebía y a veces con exceso, fumaba hasta por los codos y cuando se emborrachaba te contaba cosas que luego le penaban; era una buena cocinera, fiel y honrada con sus amos y trabajo, por eso la tenían, aunque a veces parecía más un trasto viejo que un ser humano, pero eso era a la noche, cuando ya tenía todo dispuesto para el trabajo de la doncella, que a veces le cargaba con exceso al quedar ella inservible.

Los señores acostumbrados a ella, no prestaban atención a la chacha que gimoteaba en la cocina, chapurreando su lamentable historia y como no les molestaba con su presencia, la dejaban llorar, charlar y echar mocos, hasta que se dormía, para a la

mañana siguiente ser la sobria, seria y huraña ama de la cocina y gobernante del trabajo, que todos conocíamos.

Yo le cobré afecto a pesar de sus rarezas, se vislumbraba en ella un algo patente que le hacía sufrir y tal vez la tristeza de sus ojos muertos, me hacía tenerle respeto y consideración a pesar de sus defectos; pero no podía evitar burlarme de ella y sentir repugnancia por sus excesos, a veces se quejaba de grandes dolores de riñones e hígado y aseguraba que iría a parar a un hospital donde moriría sola como un perro.

- Veinte años sirviendo a los mismos señores y el día menos pensado terminaré en un hospital, donde me dejen y ya nadie se acordará de mí, es natural y yo no me puedo quejar, trabajo y me dan un sueldo que ya no me sirve para nada, es lo mismo, cuando me servía lo empleé todo, hasta la última perra. ¿Quién sabe si algún día vendrán a recoger los despojos que yo deje cuando esté muerta y ya no pueda sentir ninguna satisfacción por la visita de un ser mío? Lo único que tengo en la vida y que no poseo, solo estas cuatro perras que no me dan calor, ni me hacen feliz ahora, ni me interesan, pero aquí tengo abrigo y cobijo y por eso me quedo hasta el día que me retiren; aquí me conocen y saben como soy, me dejan con mis pequeñas cosas, procuro no molestar a nadie y cumplo con mi deber lo mejor que puedo, por eso me tienen y por eso me quedo también. ¿Pues dónde iría yo ahora pobre vieja enferma, que fuma y bebe como un carretero, así al menos decían en mi pueblo.

Su jerga era mezclada. Parte francés descompuesto, pues nunca lo aprendió bien, a pesar de tantos años de vivir allí, parte español y gallego y a veces resultaba difícil de comprenderle.

- Aquí tengo una chanbra. —decía en lugar de decir chambre, pues todo lo adaptaba a su modo- para mí sola, que puedo llorar en ella hasta reventar, persona me molestará y esa chambre es mi casa, en ella he vivido, he esperado y he padecido todos los males que me han venido, pero es como si fuera mi tierra, ya no me es extraña y no la cambiaría ni por los francos de madame, ni siquiera por un pedazo en mi pueblo que tanto lo he llorado; pero ¿Y qué? ¿Qué satisfacciones me ha donne? Una patada cuando llegó el caso, lo mismo que hará madame un día; total el mismo pago.

Durante sus peroratas interminables de las que no recogía más que retazos, no dejaba el cigarro y una nube de humo la envolvía, hasta que aturdida y mareada se dormía sobre la mesa, con el estrujado delantal húmedo por el llanto en sus manos, que le servía de paño de lágrimas y el recaudador de sus suspiros.

Cuando terminábamos nuestro trabajo, la dejábamos allí; otras veces madame nos mandaba llevarla a su cuarto, donde quedaba como un despojo que causaba “pitié” como diría ella, más que repulsión o coraje por su estado.

A la mañana siguiente ni una palabra hablaba, no sabía si sufría o era feliz, si amaba a los señores, su cuarto o la casa, o no los amaba, si tenía algún familiar suyo que vendría a por sus perras después de muerta o no lo tenía, solo estaba con sus ojos tristes y su cuerpo enfermo, pero trabajaba con esmero, con su delantal pulcro, que todos los días renovaba, pero con su cigarro en la boca que parecía pegado a sus labios, como su gesto feo en su rostro, que no se sabía si de amargura, de dolor o una deformidad de su no agraciada figura.

Al poco tiempo de entrar en la casa, como yo era española, me miraba en silencio, observaba que me daba las mejores tajadas, alguna fruta siempre exquisita que guardaba en el bolsillo de su delantal y que nunca comía ella, pedazos de queso; cuando preparaba los manjares ¡Eso sí! Eran succulentos y entonces comprendía por qué la guardaban con ellos. A veces me miraba con mirada menos dura y una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios secos, que moría enseguida, como tragada por amargos

recuerdos; apenas hablábamos durante el día, pues era callada hasta la exageración, pero cuando yo salía me hacía siempre la misma advertencia:

- Cuidado con los hombres, ne son bons.

Yo me encogía de hombros y pensaba: “vieja chocha” ¿qué sabes tú? Pues nunca pensé que aquel despojo humano sin gracia en su cuerpo y sin hermosura en su cara, hubiera podido tener amores, si no que se la figuraba toda la vida metida en su casa, haciendo buenos platos y lavando delantales y trapos de cocina en sus horas de trabajo y bebiendo y fumando a sus anchas, en sus ocios, pero nada más y ella misma me sacó de mi error una noche.

No sé si habría bebido más que de costumbre o menos, si estaba sobria o bebida hasta la exageración; cuando íbamos a subirla a su cuarto, se negó a ello y levantando su cara, cuando me marchaba abandonándola a su suerte, me miró, me agarró del brazo y me pidió que me quedara, de mala gana acepté y me senté a su lado dispuesta a marcharme a su menor descuido, pero no lo hice hasta el final, tanto me impresionaba, me atraía y me conmovía la historia que me contaba.

III

“Hace muchos años, cuando era muy jovencita dejé mi pueblo de Galicia y vine aquí de la mano de una vieja sirvienta de mi pueblo, que me trajo; no venía alegre, pero si contenta porque iba a ganar dinero suficiente para lograr la mayor ilusión de mi vida y ello me daba alas para entregarme al trabajo con ilusión, con sentido de que iba a hacer una obra grande y me consideraba casi como una importante persona.

¡Dejaba el pueblo, sí! Con todo lo que quería y me costaba trabajo, pero iba a ser por poco tiempo, luego volvería con las manos llenas, pues lo que iba a ganar aquí en un mes, no lo ganaba allí en un año y me parecía que sería al poco tiempo rica, por eso no sufrí tanto cuando me marche, el dolor me vino después.

En el pueblo dejaba a mis padres, una caterva de hermanos y a mi novio, era un chico guapo, gallardo y fuerte como ninguno, yo no era guapa y me extrañaba que me quisiera.

Yo guardaba ovejas de algunos del pueblo y él subía al monte a coger leñas, abrojos y manzanillas que luego secaba y vendía en el pueblo para otros pueblos, conocía las plantas a las mil maravillas, todas tenían un significado para él y las catalogaba buenas, malas, ricas y pobres.

Como éramos jóvenes charlábamos mucho, teníamos el cielo, el campo y las cabras a nuestro alrededor y éramos felices, luego los domingos, bailaba conmigo en el pueblo

un par de bailes y me llevaba a casa temprano, porque tenía que ir al monte de madrugada con mis ovejas y mis corderos.

Yo no sabía nada más de la vida, no me importaba, era feliz y eso me bastaba; como no sabía nada y nada conocía pensaba que todos eran igual que yo, inocente y con pensamientos puros, sin engaños y sin malicias, me dejaba amar por mi chico guapo, Juanico y yo lo amaba sin pedirle cuentas de lo que hacía después, ni de nada.

Pasaba el tiempo y había que pensar en el futuro y en casarse, como no tenía perras, había que hacerlas, pues él no se resignaba a ser un mísero ser humano, con una choza por morada y sin nada para adornarla; en su casa no podía vivir, pues justo cogían ellos y en la mía tampoco, que mal vivíamos todos, él me habló de la Juana, la vieja que servía en París y de vez en cuando iba al pueblo como las ricas, tenía dinero para dar a los suyos y vestía como una señora; cuando marchó, hacía muchos años, era una andrajosa, así decían los del pueblo.

Esa idea se me metió en la cabeza, pues yo quería un buen arreo para mi chico guapo, yo no lo era y justo era que aportase algo para satisfacerle y tenerle contento, que era lo que yo más deseaba.

Un año, cuando llegó la Juana, él me avisó de ello, en eso quedamos, yo no sabía nada aparte de ir al monte con mis ovejas y el baile del domingo en la plaza; él me avisó cuando vino y yo corrí donde ella, ella me escuchó y me comprendió, dijo que era justo que se buscara ayuda en su trabajo, una ayudante; puesto que llevaba muchos años en la casa, estaba vieja y cansada y si no me aceptaban, ella me buscaría empleo en otra buena casa. Por eso aunque estaba triste, me marchaba contenta, iba a hacer algo grande e iba a demostrar a mi chico lo que le quería.

El me prometió esperarme, recogiendo y secando sus hierbas y ayudando a veces a los hombres en el campo, aunque esto no le gustaba, prefería estar en el monte con sus hierbas, que decía era más importante que segar y escardar y trillar y él sería importante algún día por su trabajo y yo le creía.

Por eso me marché contenta, para volver con perras y que él siguiera con sus hierbas y yo en el monte con mis ovejas, que entonces serían nuestras.

Con la Juana no me fueron mal las cosas, me cogieron en su casa y ella me enseñaba todo lo que sabía, aprendía pronto, yo trabajaba con entusiasmo, como si de ello dependiera el volver más pronto a mi pueblo.

Al principio París me asustaba, tan distinto a mi pueblo, me mareaba en sus calles y no comprendía el vivir de París, me escandalizaba y me horrorizaba su forma desconocida para mí.

La Juana se reía de mis escrúpulos y me decía:

- ¡Tonta! Vale más que aquello, aquí todo el mundo sabe mucho, como cosas finas de señorito y viste como los señores.

Yo comprendía que era verdad, pero me gustaba más el pueblo, echaba de menos al monte y a mi novio, echaba de menos el baile.

- Aquí también puedes hacerlo –me decía la Juana- quítate esas viejas ropas y vístete como las francesas ¡Veras que guapa te pones!

Yo lo dudaba, pues me veía tan poca cosa, al lado de esas elegantes que se veían por las calles, pero me consolaba pensando –“Yo tengo un novio guapo y bueno y ellas tal vez no. Y me parecía por ello, que yo también era importante como ellas, a pesar de mi fealdad y mis pobres ropas y no me importaba ser pobre, ni fea, ni nada, pues me parecía que era rica por ello.

Con Juana no sentía tan honda mi pena, ni me encontraba tan perdida, mi soledad y mi incompreensión a todo al margen de mi forma de vida de antes, no me abrumaba

hasta hacerme desesperar, como hubiera sido sin ella; con paciencia me enseñaba a cocinar, a hacer platos adornados y sabrosos, a servir la mesa, a ser pulcra y discreta, a hablar bajo y ser respetuosa, a no reír escandalosamente, ni señalar con el dedo, ni volver la cabeza cuando algo llamaba mi atención, procuraba que fuera fina a pesar de mi apariencia pueblerina, que debía de resultar chocante para los elegantes que servía, que dicho sea aparte, me trataban con una educación y un respeto que me conmovía, yo no estaba acostumbrada a ello, me cohibía más que si me hubiesen tratado mal o con desprecio.

Y me enseñó también a fumar y a beber a escondidas, yo no había visto nunca fumar a una mujer y la Juana lo hacía, me parecía feo y no me gustaba, me desagradaba en extremo y eso hizo que no le llegara a querer como se merecía, pues era como si le quitara ternura a su forma de ser buena, le restaba encanto de madre su cuerpo grande y grueso, más parecido a una matrona que a un hombre, a lo que me parecía que imitaba cuando fumaba y cuando me iba a mi chambera lloraba por ello, como algo desagradable que mi yo repudiaba.

Como no sabía escribir no recibía noticias de mi pueblo, más que cuando escribían a Juana, que era de muy tarde en tarde; yo creo que en los tres años que estuve en París no recibió más que tres cartas, pues tampoco su familia sabía escribir y tenía que mandar a unos del pueblo que lo hicieran aunque no les gustaba que nadie supiera cosas de ellos, que tal vez ocultaban por discreción; ella misma apenas escribía, por la misma causa, decía.

- Nadie se tiene que enterar de lo que nos pasa, ni de lo que hacemos, les puede parecer mal o distinto de cómo lo contamos y luego lo comentan sacando pelillos que no existen y se ríen o se alegran de nuestras penas, por eso solo lo justo, para que sepan que estamos bien, que luego cuando estamos juntos, ya nos contamos todo sin testigos importunos, así sabe más sabrosa la charla.

Por eso en las cartas que escribió en aquella época que estuve con ella, siempre decían lo mismo:

- “De casa de Manuelica me dicen que están buenos y que desean que ella también se porte bien”.

Pero ni una palabra de mi novio me decían, ni de cómo iban las cosas, ni si preguntaba por mí, ni si me recordaba.

Yo sufría cada vez que recibía una carta, porque entonces me producía una gran pena no saber nada, eran como unas bocas calladas que venían del pueblo y que no hablaban y eso me parecía muy triste, hubiera preferido no saber nada, era menos monstruoso que el silencio, que aquellas misivas frías, sin un calor de ternura, sin ninguna noticia querida, como si el pueblo quedara tan distante que fuera imposible alcanzarlo con una carta y me daba una sensación de pena y de abandono de los míos, que no lo podía aguantar.

- ¡Tonta! —me decía la Juana— así cuando vayas será todo tan ansioso que te parecerá un milagro, vale el silencio de ahora por la alegría que te espera después, pues es más grande, más querido y deseado todo.

¡Como si yo deseara ya poco a mi Juanico!

En los tres años que permanecí en París con la Juana, no gasté ni una perra, ahorraaba con avaricia, resultaba hasta tacaña y la Juana me decía riendo

- De tanto ahorrar se te va hacer por el peso un agujerito en la bolsa y te la vas a encontrar un día vacía; vale más ahorrar con cosas compradas en una maleta, que el dinero que puede perderse, créeme, tienen más valor las cosas que el dinero.

Pero yo no le comprendía, a mí me parecía que no había nada que valiese más que el dinero que era lo que me obligaba a estar alejada de todo lo que más quería, el dinero era para mí lo más importante de todo y gozaba verlo aumentar cada mes con mi sueldo; ni gastaba, ni salía, ni me compraba nada, a veces salía de paseo, pero me daba tanto miedo por si me perdía, que no me atrevía a moverme de mi barrio, solo con la Juana iba en el metro algunas veces, pero yo no lo pagaba, siempre era ella, me decía como para que yo no sintiera remordimiento por mi avaricia.

- ¡Quita tonta! Tu dinero tiene una misión, el mío ninguna, yo puedo gastarlo si se me antoja, tú tienes que guardarlo.

Y me compraba algunos pasteles y ricas golosinas que nos tentaban en los escaparates.

Entonces yo gozaba con el paseo, en los comercios interminables, siempre agarrada a sus faldas para no perderme y viendo lujosos escaparates de Faubourg Saint-Honoré, lo decía a su manera, y todo lo elegante y lo maravilloso antes nunca visto.

Me asombraba de todo y me lo quedaba mirando embobada y la Juana me decía:

- Eres como una de las cabras del monte que se ha escapado y no sabe por donde se anda Pero... ¿a que te gusta?

Yo le decía siempre que me gustaba más el pueblo y era verdad, ella me respondía

- Es verdad lo que dices ahora te gusta más aquello, pero cuando vuelvas notarás que ya no es lo mismo y ya no lo querrás tanto, ni te parecerá tan maravilloso aquello, la maravilla quedará aquí y tal vez ya no puedas volver.

Pero yo no me ponía triste, me alegraba, allí estaba lo mío y como yo era igual que una cabra, como decía la Juana, para correr por el monte y gozar con mi libertad, embriagándome con el perfume de sus jarales y con la voz de Juanico, que me parecía que ninguno se le podía comparar.

Estaba llena de cosas y de ropa que me daban; aunque yo no compraba nada, tenía trajes y vestidos que la Juana me arreglaba de la señora, yo misma aprendí a coser, guiada por ella. Tenía trajes del señorito a montones para los míos y para Juanico, todo me lo guardaba, la Juana gozaba más que yo viéndome contenta y como tenía muchas amistades todas me daban algo de sus señoras; tenía un baúl y más de una maleta llenas, tenía ropas que no podía soñar ni en mi pueblo que existieran de bonitas y buenas que eran y cuando creía que tenía suficiente, me marché para mi tierra; era ya rica o por lo menos a mí me lo parecía; me acompañó la Juana para que no me perdiera, e iba como si ella fuera la novia de contenta que estaba y yo emocionada.

Cuando llegué al pueblo, al cabo de tres años, todo me pareció distinto, pequeño y pobre, cuando antes no me pareciera; las casucas miserables y sus gentes empobrecidas hasta la exageración, con sus ropas raídas y negras, sus caras demacradas, mal peinadas y empolvadas personas; por primera vez lo veía de aquel modo y me causaba como pena verlo más que placer, como había pensado sería.

En casa me recibieron con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos, igual que yo, pero no me hablaron nada de Juanico, ni lo vi en el monte donde corrí, ni en los días que siguieron lo hallé allí y cuando pregunté por él al ver que no lo veía, me dijeron:

- Se casó hace dos años con la hija del boticario y tiene ya dos críos, como conocía las plantas y presumía de saber, está en la farmacia y parece un señor; apenas habla con nadie y se da aires importantes. ¡Ya no lo reconocerás!

Hice esfuerzos por no caerme, yo que había hecho todo por él; quise ser fuerte y no llorar, no quise demostrar lo que sentía.

Como en casa estaban tan contentos por mi vuelta y por todo lo que llevaba, no se dieron tanta cuenta de mi pena o si se dieron no me dieron a demostrar y yo podía estar

a solas llorando, a solas con mi angustia, pero no en casa, que era pequeña y siempre había alguno en las alcobas o en la cocina, en el monte, donde tan feliz fui; solo allí iba a llorar, a regar aquellas plantas con mi llanto y a empapar aquella tierra con mi dolor.

Al cabo de algún tiempo el pueblo me pesaba, el monte no me seducía; de tanto llorar en él lo había convertido en triste, ya no tenía color, ni aromas, ni siquiera encanto, ya no me gustaba y la casa me agobiaba, al pueblo no quería ir por si lo veía y lo veía tantas veces adosado en la farmacia, bien vestido y regalado, como un señor, pero a pesar de todo un señor pobre me parecía y me decía:

- Más guapo estarías con las ropas que te traje yo.

El no me miraba o hacía que no me veía y yo si, le miraba, no podía remediarlo y por no querer demostrar todo aquello que sentía, me marché otra vez a Francia, con mi dolor y mi pena que no podía aguantar, mis maletas vacías y casi sin perras, las había dejado allí todas para los míos; a mi ya no me hacían falta y sabía el modo de ganarlas, e iba vacía por dentro y por fuera, demostrando solo mi frialdad, que ya siempre me acompañaba, entonces se me antojaba más acusada, más me pesaba, como si me cerrara puertas en la vida y necesitaba que se me abrieran más que nunca; entonces hubiera deseado ser guapa, ser como la otra, tal vez ni hubiera sido tan hondo mi dolor y le hubiera podido despreciar con orgullo o despreciar su fea faena, pero no lo hice, era demasiado poca cosa enfrentarme y ensalzarme ante lo hermoso de su mujer y delante de él, tenía que ser siempre pequeña.

París ya no me pareció igual que antes, ya no me mareaba en sus calles, ni me aturdí el ruido de los autos, ni el barullo de la gente al andar de prisa, ni me asustaba perderme, era como si ya lo conociera y él un poquito también a mí; caminaba segura por sus encrucijadas calles, en busca de mi trabajo y de la Juana, para acogerme con ella en aquel mundo que no se había mostrado tan ingrato como mi pequeño pueblo, tan querido y añorado, en el que no podría jamás encontrar la paz, ni jamás me parecería ya alegre, ni me entusiasmaría la soledad tan callada del monte, ni tan embriagadores sus perfumes de agrestes jarales.

¡Todo lo había perdido!

Y también había perdido todos aquellos amables momentos pasados con la Juana y su beneficiosa compañía.

Mi plaza estaba ocupada y tuve que buscarme otro empleo, tuve que conocer nuevas caras y costumbres, tuve que luchar con un francés que no comprendía y que me costaba aprender y dejar atrás mis costumbres aldeanas que de nada me servían, para adquirir formas afrancesadas con las que tenía que bregar, pues estaba en aquel ambiente y no en el otro en el que me crié y formé y el que deje un día con el alma entristecida y en el corazón alegría, por ir a conseguir mi fortuna que me haría feliz en la vida y me daría el premio a mis fatigas; el premio que nunca conseguí.

El día libre corría donde la Juana, sólo con ella encontraba consuelo, me animaba con su sencilla comprensión.

- ¡Tonta! –me decía viendo mi pena. No hay que entregarse del todo a una cosa, hay que dejar un pedazo de tu cuerpo libre y los pensamientos sin ocupar del todo, así tendrás sitio para refugiarte cuando te hieran y podrás liberarte de los fantasmas feroces más fácilmente que estando toda ocupada, tienes que aprender de la vida, tonta, que no da todo, solo un poco, así tenemos que hacer las personas.

Y comencé a fumar como ella y a beber un poco, el licor me calentaba, se infiltraba por mis venas alentándolas y me daba fuerzas para proseguir;

- Ahora soy como un hombre –le decía- fumo como los hombres, aún no bebo como ellos, pero con el tiempo ¿Quién sabe? Y seré fuerte como ellos; ahora podré ir al

pueblo y enfrentarme a él y decirle con desprecio. ¡No tienes palabra de hombre, no eres nada; ni siquiera eres guapo, porque te has vuelto feo por tu bajeza y sucia y despreciable conducta y yo soy...¿Pero qué soy yo?

Me miraba al espejo y retrocedía en mis pensamientos.

- No, no iré al pueblo ni le diré nada.

Aquella vida no podía durar tampoco, la Juana era vieja y se ponía enferma; me decía:

- Me gustaría retirarme o ir al pueblo, allí a pasar mis últimos días ¿Pero que haría ahora yo allí Manuelica? Mi familia casi desaparecida, solo con sobrinos e hijos de los sobrinos que apenas me conocen y me acogerían por los que les pueda dejar un día, pero no con cariño, no con el amor de los padres que ya no existen, ni siquiera los hermanos mayores que más me conocieron; estoy mejor aquí. Ahora esto es más mío que aquello y contigo no estoy sola.

Pasaba el tiempo, curaba mi herida, pero no mi pena, ni mi soledad era menor; aunque me amoldaba a la vida, a las gentes a las casas en que servía, seguía teniendo solo a la Juana. Y que solo con el pensamiento del pueblo me azotaba el dolor y era como si no existiera para mí, por eso lo quería borrar de mi recuerdo y apartarme para siempre de él.

La Juana se puso muy enferma y la llevaron al hospital, allí iba a verla como antes a la casa y cuando me veía me decía:

- Ya ves Manuelica, no estoy tan mal aquí, estoy cuidada y limpia y como tú vienes a verme, no estoy sola tampoco; no pensaba que sería así mi final, siempre me figuraba que sería en el pueblo, en una vieja casa destartada y mal cuidada, pero a gusto con los míos y cuando ha llegado el momento me siento mejor aquí, Manuelica, así no veo el desengaño, al ver aquellos rostros casi extraños, deseando, tal vez mi final, porque les molesto. ¡Estoy mejor aquí, Manuelica. ¡No recibo mi último desengaño!

Llegó el verano, mis señores se fueron y yo con ellos a su château, para su limpieza y asearlo; cuando estuvo todo preparado, volví a París a ver a la Juana y no la encontré.

La llevaron hace unos días –me explicaron y es lo que yo pude entender y como insistía en saber, me mandaron a conciergerie, allí me dieron unos papeles con fechas, números y señas del lugar donde tenía su descanso final y como no sabía leer, ni apenas entender el francés, todo era para mí tan complicado, no lo pude encontrar, solo me quedé con sus últimas palabras como recuerdo:

- Te esperaré Manuelica, te esperaré. ¡Verás como te esperaré!

No pudo cumplir su promesa, ni yo la mía de estar con ella.

Yo ya era mayor, no una niña como fui antes y como iba más segura a todo, sabía desenvolverse y vestía mejor que antes, mejoré en mi aspecto, sentía lo que antes no sentí, deseos de divertirme, de ser como las otras, no de estar muerta como hasta entonces y vivir; comencé a salir, comencé a gastar y a disfrutar, me eché amigas, sirvientas como yo y con ellas iba por París, al cine y a veces al baile, aunque esto no me gustaba mucho, porque entonces comprobaba que no era guapa y que no gustaba. Mis amigas bailaban y yo no lo hacía, ello me entristecía; prefería ir de paseo, contemplar a las elegantes y sentir envidia de su apostura, me gustaba reunirme y cenar cosas de capricho que se nos antojaba, recordando a nuestra tierra; a veces me compraba cosas que nunca usaba, pero gozaba en poder gastar en cosas de capricho que llamaban mi atención.

- Allí no lo podría hacer –pensaba y me sentía contenta, pero sentía que nadie disfrutara mi contento.

- Volveré a mi pueblo otra vez con las maletas llenas, ya no me importará verlo.

Pero no tenía valor de hacerlo, continuaba en París, con aquella vida última que me ganaba, con mis amigas, unas modeladas, otras locas, viendo como se divertían, como se casaban y otras se marchaban, no importaba, siempre quedaba alguna de la tierra y venían nuevas que te necesitaban hasta amoldarse allí y saberse defender solas, hasta no tener necesidad de ti.

Una vez conocí a un hombre en un baile, era el catorce de Julio, en un arrabal cercano; todas se divertían menos yo, todas saltaban y bailaban menos yo, estaba sola esperando el final de la velada para ir a casa, descansar mis no cansados pies, pero sí fatigada cabeza; esperaba a mis compañeras que tuvieran a bien venir donde yo estaba, para irnos de allí, cuando se me acercó un francés, guapo, rubio y muy joven, se extrañó de verme sola y tal vez triste y me habló.

Yo estaba hosca y malhumorada, no comprendía que me buscara y no fui cortés con él, debió de extrañarle mi jerga, porque rió mis palabras y se quedó, lo pasé bien, me acompañó a casa y al domingo siguiente me esperó, yo no lo esperaba y quedé sorprendida al verlo; como vi que estaba a gusto en mi compañía, tal vez por mi forma de hablar que le divertía, me dejé arrastrar por él y pensé:

- ¡Qué más da! lo que hacen otras también puedo hacerlo yo.

Y me quedé con él, sin ir a esperar a mis compañeras, eran deserciones que todas aceptábamos como cosas normales cuando una fallaba a la cita, lo mismo pensarían de mí, fui feliz.

- ¿Por qué no voy a serlo? –pensaba en casa, otras ya tienen amores y se casan ¿Por qué no voy a poder tenerlo también yo?

Aquel amor me cautivó, solo sentía una cosa, no ser guapa, no ser vistosa como las otras y seducirlo a mi vez, porque lo intentaba, pero no lo conseguía, poniéndome las mejores ropas, maquillándome y haciendo filigranas con mis peinados, no se si resultaría atractiva, pero no cambiaba mi cara, con un gesto que siempre me caracterizaba.

- Es igual - pensaba tristemente- tal vez me quiere así ¿por qué no ha de sentir amor por mí? Otras tampoco son guapas y son felices, también lo puedo ser yo.

Pasó el tiempo y me olvidé de mi recato, me entregué a aquel amor insensato, que para mí lo era todo, hasta olvide a Juanico y todo lo que padecí por él, pero me asustaba que fuera tan guapo y tan joven.

- ¿Por qué me tendré que enamorar siempre de guapos? Será porque soy fea y mi ser busca una armonía que yo no poseo? Es como una falta que tengo que suplir y lo acepté tal y como se presentaba, sin pensarlo más, sin reflexionar si estaba mal o bien, en si me podía fallar.

Fue una locura de tiempo que me avasalló; que lo tapó todo y me enredó.

- Algún día nos casaremos –pensaba- Lo leo en sus ojos, si no no me querría así, sus ojos claros no me pueden engañar, su amor joven está prendido, como lo estuve yo de Juanico ¡Todo será normal!

Pero no lo fue, un domingo no acudió a la cita, ni al siguiente tampoco, ni los domingos que vinieron después; solo recibía el silencio y el vacío, la calle solitaria como una tumba, aunque pululara por ella la gente; lo esperaba en vano hora tras hora, sin moverme del portal, fui donde algunas veces él me llevara y tampoco lo hallé; pregunté por él y nadie sabía nada, era como si no lo conocieran o no existiera; al ver mi angustia pintada en la cara, se encogían de hombros y decían.

- “C’est la vie”

Y yo exclamaba a mi vez, interiormente.

- Si, es la vida, es la vida.

Tuve que dejar la casa y buscarme otra y también ésta dejé, como tenía perras, me alquilé una chambre en un viejo Faubourg y hacía menage, hasta que tuve que ingresar en un hospital.

Nació una niña pequeñita, pero rubia y con los ojos azules como los de él, lloré al verla, porque sin saber por qué me parecía extraña y como si no me perteneciera, como si fuera robada.

Cuando salí volví a mi chambra –volvía a coger la palabra pasada, como si estuviera otra vez en el pasado- no sufría tanto como antes, porque tenía una cosa mía y me alentaba, tuve a mi niña hasta los seis años conmigo, mimándola y queriéndola como no había podido hacerlo a nadie; a veces me miraba con sus ojos azules y sus cabellos casi blancos y era como si me interrogara, entonces sentía una pena y unas ganas de llorar, pero me contenía, le atraía hacia mí y le abrazaba, yo creo que hasta hacerla daño, porque lloraba y se apartaba de mí, pero aquella forma de mirar se me gravó, era como si me preguntara:

- ¿Es que yo tengo que vivir siempre así?

Era como si sus ojos claros y su cabello rubio no perteneciese a aquella chambra, sino que venía de otro mundo, de otra forma de vida y con su mirada de niña me la reclamara, lo comprendía así y pensé en sacarla de allí, no tenía derecho a darle la vida que llevaba, siempre sola, esperando mi llegada, no sabía si reía, jugaba o lloraba; cuando llegaba tenía los juguetes por el suelo, tirados en sus juegos o con rabia, no lo sabía; si de pequeña lloró mucho en su cuna o dormía, si le consolaban los sueños bellos o se le introducían ideas negras en su pequeña inocente cabeza, no lo sabía.

A veces me la llevaba conmigo, pero daba guerra y se enfurruñaba, a veces me la aceptaban, pero otras veía mala cara y me acobardaba, la pequeña también sentía las duras miradas y me miraba como diciendo:

- ¿Tendré que soportar por siempre esta humillación?

La dejaba en casa, luego tenía que hacer la comida corriendo, recoger todo y atenderla malamente y otra vez me marchaba y otra vez quedaba sola hasta mi regreso.

Yo a pesar de todo era feliz; pero ¿Y la pequeña?

Yo volvía dichosa a casa y me volcaba en su amor como una loca ¿Pero y ella? ¿Sentía odio hacia mí o me quería? Aquellos ojos de llanto, a veces ¿Eran un reproche o una necesidad de mí? ¿Me perdonaba o me condenaba por su suerte?

Decidí poner fin a aquella situación, le busque un colegio y la llevé, sentí una honda pena al dejarla, pero me sentía aliviada.

- Así estará siempre acompañada, aprenderá cosas que yo no aprendí y podrá valerse en la vida mejor que yo, no debo condenarla a ser una sirvienta, será una señora como todas las francesas, tendrá sus derechos, aunque lleve mi nombre y apellido y tendrá sus privilegios, no será nunca abandonada, ni desgraciada como yo.

Esa idea me daba fuerza para no llorar, para no enloquecer en mi soledad.

Ahora tenía que pensar en trabajar, el colegio me costaba caro, no quise llevarla a uno de beneficencia; si era pobre y oscuro su nacimiento, no lo sería su vida, no pasaría humillaciones en adelante.

V

Dejé mi chambra que aunque barata tenía que pagarla y me coloqué de nuevo fija, mi sueldo lo emplearía para ella y si algo me sobraba también para ella sería, ya no pensé más que en trabajar y ganar y darle una vida honrada, dejé de beber y apenas fumaba, de nuevo me sacrificaba.

Pasaron los años, se hacía hermosa, fina y educada; era físicamente como una auténtica francesa, cada vez más distanciada de mí, no se me parecía en nada.

A los dieciocho años salió de allí, yo era una vieja, no tanto por mi edad que por mi apariencia, volvió a mi chambre de doméstica, —comencé a llamarla como era por no avergonzarle con mi mal francés- como siempre, pero ya no era lo mismo, era independiente, con ideas renovadas y sentido de superación en todos sus pensamientos y actos.

No sabía hablar mi lengua, la había olvidado, el colegio le había transformado, si algo tuvo de mí lo perdió con los años, me resultaba extranjera, como yo debía de serlo para ella; como mi francés era pésimo y ella casi olvidó el castellano que conmigo aprendió, malamente nos entendíamos y más era que yo comprendía que no aceptaba mi forma de ser, ni de vivir; pensé que hice mal en enviarla a un colegio, pues el hecho le distanció

de mí más de lo debido; ahora ella era francesa y yo no lo era, ella era fina, elegante y bella y yo solo una sirvienta, con no muy buen estilo, e ignorante al lado de su cultura adquirida por el estudio y quizás por su herencia paterna; éramos extrañas, me parecía que no me quería y que sentía vergüenza de mí.

Comenzó otro martirio, su distanciamiento, si hubiera vivido conmigo, tal vez se hubiera hecho a mi forma de ser y de vivir, a mi presencia y persona, a mi contacto; noté que sentía escrúpulos dormir en mi cama, conmigo y por evitarlo alquilé otra alcoba; iba de error en error, pues ya no hubo intimidad entre las dos, la confianza que podría venir, con el tiempo se desvaneció por mi gesto y quitó el acercarnos; el hecho la separó totalmente de mí, se refugió en su alcoba con sus ideas y pensamientos y apenas la veía a la noche cuando subía a mi chambre y le preparaba la cena de cosas que compraba, no lo que madame me daba, por no rebajarla y porque fuera recién comprado y preparado; venía solo cuando le llamaba y entonces me miraba con sus ojos claros y su cabello pálido de puro rubio, me parecía que se preguntaba por qué era yo su madre, una extranjera venida de un remoto pueblo desconocido y no comprendido y tan opuesta física e intelectualmente; debía de extrañarle. Yo no podía remediarlo, sentía entonces vergüenza de mi pecado, pues temía que me pidiera explicaciones y no supiera dárselas.

Pero nunca lo hizo, solo me miraba con aquella mirada suya, pálida y penetrante, como si interrogara o tratara de descubrir dentro de sí, una semejanza remota con su ser, algo interno que no se precisaba y cuando yo la miraba asustada por ello, me sonreía, retiraba su vista y se abismaba de nuevo en sus ideas al margen de mi pensamiento, de mi cerebro.

Pasaron los días y apenas la veía, a veces subía a mi cuarto entre trabajo y trabajo, por estar un rato con ella o verla, pues a pesar de todo admiraba su encanto, su belleza; sentía una íntima satisfacción por su perfección y distinción y, pensando que era hija mía me enorgullecía.

No la encontraba, el hecho me inquietaba, aunque comprendía que no podía estar todo el día encerrada y sola, en una habitación aislada, en un séptimo piso y sin balcón a la calle; era joven y París tenía que seducirle después de tantos años de encierro en el colegio.

A la noche le interrogaba con mi chusco francés y me contestaba con voz musical.

- ¡Je me promene...!

Se buscó trabajo de mecanografía, en un pequeño taller del Faubourg y tenía miras elevadas.

Buscaría una vivienda adecuada, para dejar los humillantes áticos de domésticas, que dañaban su dignidad de francesa y estudiante, pero tenía su inconveniente, había que pagarla y amueblarla decentemente; yo tenía que dejar de trabajar fijamente para colocarme por horas si quería atender la casa y sus necesidades y eso mermaría la paga que ahora percibía, por otro lado aumentaban los gastos y venían después los caprichos de mi joven hija en la flor de su edad y de su vanidad; si ganábamos en decoro de vivienda, perdíamos en mejoría económica y venía a ser poco más o menos igual, porque se tendría que privar de vestir elegantemente como a la sazón deseaba y de otras cosas que al parecer le gustaban, comer buenos platos y vivir sin apuros económicos con el sueldo, tener dinero disponible para gastar, cosa que no sería igual pagando una vivienda y atendiendo a sus gastos primeros, que serían de consideración; por otra parte con poco no se conformaba, le llamaba la atención el lujo, los buenos muebles, las alfombras, no lo vulgar y era algo que no se lo podía pagar; pensaba, tal vez, que era mejor esperar para lograrlo, antes de comenzar a vivir en una casa mal acomodada a largo plazo, hasta conseguir lo deseado y no habló más de ello.

Se conformó con su suerte en apariencia, pero posiblemente no en su fuero interno que yo no alcanzaba a ver, ni a comprender; por eso me hablaba mal y con enojo cuando no le llegaba a comprender o cuando llegaba cansada de mi trabajo y me retrasaba en su cena o cuando no estaban las cosas ordenadas, pues yo no las podía atender minuciosamente, o cuando volvía de su trabajo y se tenía que hacer la compra y la comida, porque yo no se la podía gobernar por mi obligación y mi entrega a la labor. Había muchas pequeñas cosas que la irritaban y no le dejaban ser feliz, añoraba algo que yo no le podía dar, que en su vida no tenía y siempre pensó que fuera normal a todo ser humano y a su condición de criatura con dignidad, estudios y capacidad, como las demás, tal vez lo que tenían otros que eran como ella, tal vez la familia completa, con seres análogos, no contrarios en espíritu y forma, como ella y yo.

Eso era algo que yo no sabía, pero presentía. No basta cometer una falta, no se queda en el hecho realizado, en el pasado, te persigue toda la vida, hay algo que te marca y te señala por siempre la falta; ese es como un castigo, la huella que dejó imborrable y que señalará por siempre el error, como una burla descarnada y sin piedad de un acto loco de tu vida, que te marcó por siempre en un reguero que quedó después detrás de mí y eso me pasaba a mí.

Yo sufría por ello, pero nada podía hacer, sufrir por mi pequeña desgraciada, por la vida que le daba y por todo lo que le faltaba, pero no podía remediarlo y así tendría que ser por siempre; era su sino y el mío, era mi sino que seguía en ella y tras ella sin desearlo, pero lo tenía que llevar aunque fuera contrario a su forma de ser y de sentir y era visible que no lo aceptaba y que su ser se revelaba. Hizo amistades con jóvenes franceses como ella, con los que se encontraba a gusto, más que en mi compañía, pues mis amistades, si alguna tenía, eran sirvientas como yo, españolas y venidas de remotos pueblos y escasa cultura, las más de las veces; éstas no le conmovían, ni las cosas que a mi me emocionaban tampoco; el sentimiento por mi tierra que a mi me perseguía a pesar de todo lo pasado, todo resbalaba de ella sin palparlo y no frecuentaba el trato con las sirvientas que a veces me venían a ver; ella refugiada en su alcoba, seguía en su mundo ajeno al mío, con sus amigos jóvenes, cultos y entroncados en el país por su raíz.

Con ellos reía, charlaba y era feliz.

Yo le advertía a veces de los hombres, con discreción, pues sentía pudor de que revelase mi pasado desordenado

Y ella siempre me respondía con su voz musical:

- Je me garde bien...

Y nada más aludía, ni yo a nada más me atrevía.

Luego se echó novio, lo supe en sus ojos, en sus actuaciones más sigilosas, en su nerviosismo que a veces le invadía, en su abstracción en las horas de comida, a veces inapetente, otras distraída, apenas me escuchaba cuando hablaba, como si yo no existiera.

Ya otras veces se dejó acompañar por muchachos, yo lo sabía, pero no fue igual, no le hicieron cambiar en su forma de ser como éste y empecé a indagar; con razón tenía temor de los hombres y quería evitarle desgracias, que padeciese como yo padecí.

Por mis preguntas deduje que era importante y me inquietó, quise conocerle y vigilé sus salidas y entradas.

Lo vi, era mayor que ella, alto, guapo y elegante, era un señor y ella una chiquilla, parecían contentos ¿Cómo no estarlo? Ella era de una belleza fina y seductora, era algo de lo que yo siempre envidie, pero era pobre, e hija de una bonne extranjera, tal vez eso no le afianzaba bien en tierra y quise evitarle un error y un dolor.

Me opuse a aquellas relaciones con energía. Fue nuestro gran choque importante, después de que me dijo un montón de palabras que no capté, por su rápido y parisino francés en su musical boca nerviosa y ofendida, deduje que me humillaba por vez primera y que no aceptaba mi tutela estricta y vigilada; la comprendía así mismo quejarse de su vida, que no era para ella y no le gustaba, bien para mí que era une bonne, pero no para ella educada de otra forma y distintos ideales.

Después me dijo que le amaba y que no me opusiera en sus amores, porque sería lo mismo.

A pesar de que estaba herida le quise tranquilizar; pero se encerró en su cuarto y le sentí llorar.

A media noche llamé, tenía el propósito de contárselo todo, de que ella me juzgara o me castigara, pero para que comprendiera que había dolor en la vida y sacrificio y si se cometían faltas, luego caras se pagaban, con ello le quería advertir de que podía ser casado o divorciado, para que le dejase antes de que fuera tarde y le penase.

Cuando me sintió me abrió la puerta, era como si me hubiera estado esperando, se acostó de nuevo y me dijo con su cara sonrosada por el llanto, que la marcó, y con emoción nunca sentida cogiendo mis manos:

- ¡Maman! ¡Maman! –era la primera vez que así me llamara desde que volviera del colegio.

Yo ya no pude decir nada, no tuve valor de hacerlo, solo llorar como ella, era una prueba que no tuve fuerzas de afrontar, ella con otro temperamento y distinta a mí en todo ¿Qué le parecería? Una incultura imperdonable que tal vez la rebajaría más a ella y a mí me humillaría como a un despojo zarandeado por la vida, más que como un ser humano, por eso se sellaron mis labios; quise que quedara todo como estaba, tal vez yo saliera favorecida con ello, pues si algún encanto tenía para ella con ser como era, no quise perderlo, solo le miré con pena y le dije con mis ojos arrasados por la emoción:

- Es que les hommes ne sont bons, il faut faire attentions.

Torpemente, con mi vasto francés mal aprendido.

- Je le sait maman, n'ayez pas peur; il m'aime –añadió y me sonrió- Il m'aime–repitió.

Salí de su cuarto con un mar de llanto, acongojada por mi cobardía, pero pensé que era lo mejor y como lo mejor lo hice; yo no podía mejorar en mi forma de ser, para ello tenía que volver a nacer, por eso quedaron las cosas como estaban, yo la quise advertir y a mi modo lo hice, ella creo me comprendió así.

En los días que siguieron fue cauta y recatada conmigo, a veces me miraba con aquella mirada suya, como si me quisiera decir algo, pero se callaba, temía que no le comprendiera y se quedaba con su idea, con su forma de pensar, en eso creo se parecía a mí, que todo se lo guardaba para ella, yo tenía miedo en mis ojos y ella me decía suavemente:

- Il m'aime, n'ayez pas peur.

Con su nota musical de siempre, fina y modulada, como si le hubiera dado un sentido más caro y dulce, para que penetrara suavemente por mis oídos y me consolara.

Una tarde, la última, después de comer, bajó a decirme adiós, nunca lo hacía por eso me extrañó.

Cuando le abrí la puerta y le vi tan bella, me sorprendió, siempre era nueva para mí, con sus peinados o sus vestidos con gusto elegidos. Siempre me fascinaba, como si fuera la primera vez que la viera, como si no estuviera acostumbrada aún a ella.

- Adieu maman –me dijo suavemente, tomando mis manos y besándome con cariño; yo le dije:

- ¿Où vas tu? En mi voz había, a pesar de todo, temor y ella me respondió sonriendo.
- A mon travail –con su forma musical de hacerlo.
- Como estás tan elegante, con ese vestido que nunca te lo he visto –añadí por decir algo.
- C'est un cadeau –y me sonrió.

Como me puse lívida a pesar de todo al oírla, repuso de nuevo con cariño

- Adieu maman –y me besó otra vez con emoción- N'ayez pas peur maman –me dijo suavemente, muy bajito, con ternura, modulando su tono al máximo, como si su voz la hubiera templado con su cariño, con su poco o mucho cariño hacía mí, no lo sabía.

Le vi marcharse escaleras abajo. Yo casi temblaba, no estaba acostumbrada a sus ternuras y el hecho me emocionaba.

- Últimamente siempre me llama mama –pensé- no he perdido tanto al reprocharme lo que aquel día me reprochó, pues he ganado desde entonces su cariño.

Me animé, pero estuve triste aquella tarde, había algo que me conmovía, su cariño demostrado y no estaba acostumbrada a sus ternuras, más bien, siempre hubo recato entre ambas y aquella forma de presentarse y de irse, me conmovió.

VI

A la noche cuando subí a casa, no había regresado, estaba la luz apagada de su cuarto y no entré, no era la primera noche que faltaba; como no venía cuando terminé la cena, fui a ver si estaba acostada con la luz apagada, a veces ya lo hacía.

Encendí la luz, todo estaba en orden, como lo había dejado a la mañana y la cama sin deshacer, no sé porqué había frío en el cuarto, como si estuviera desahitado, entré impulsada por algo y tropecé con un sobre escrito encima de la cama.

Lo cogí con trémula mano, allí estaba el misterio de aquel silencio, de aquella oquedad fría y su tierno adiós conmovido.

Me eché a llorar, sin saber lo que ponía en la misiva lo captaba. Ya nunca más la vería, fue tras su mundo, tras su vida, mi forma de ser no pudo ganarla.

Lloré hasta la mañana, la carta me quemaba, era igual, no podía leerla.

Cuando bajé a mi trabajo, no tuve valor de dársela a leer al señor, la tuve conmigo todo el día, metida en el bolsillo del delantal y los días largos que siguieron después, también allí quedó.

No dejé la alcoba de ella, tal vez algún día volvería y tendría todo igual; igual todo lo encontraría. ¡Le esperaba!

Pasó el tiempo, las letras casi se emborronaron de tanto manosearla, deseando saber lo que ponía dentro y temiéndolo al mismo tiempo.

El sobre nunca se abrió y la carta nunca se leyó; pero el cuarto sigue esperándola, igual que cuando ella lo dejó, todas las mañanas lo limpio y aseo, le cambio de sábanas de vez en cuando,

Todo está preparado para cuando llegue, como si no se hubiera marchado nunca; solo yo soy distinta, vieja y enferma, ya nada me detiene en mis vicios y en mis viejas costumbres que antes dejé y el fumar me da templanza y el beber atenúa la realidad burda y descarnada de los hechos, tal vez ello me hizo sobrevivir, si les debo lo que soy, también les debo el valor que me dieron y el aliento que por su ayuda nunca me faltó. Les estoy agradecida a pesar de ser este despojo viejo y dañado que algún día terminará en un hospital como la Juana.

La llevé a su cuarto, al abrir la puerta sentí como una ola cálida que escapaba de su interior, de aquella vieja plena y consciente que allí vivió tanta amargura y padeció tanto mal; era como si estuviera llena de seres que respiraban allí, con el calor de aquel ser que les hizo vivir con toda su realidad burda y despiadada que me reveló con tanta pasión.

Ya nunca le llamaría vieja chocha, ni pensaría con desdén ¿Qué sabes tú del amor?

Pues había vivido como ninguna y más que todas el amor más grande que una se podía imaginar y había tenido su historia y tendría su final, como tenía perras guardadas para ella y aquel cuarto cerrado limpio y aseado esperando su regreso y la carta sellada y su amor ultrajado, su inocencia pisoteada y su incomprendido amor de madre”.

¡Todo estaba allí!, en aquella habitación, la chambre, como decía y llamaba ella, y me pareció sagrada y respetada como ninguna aquella mujer, pues no hay ser vulgar, ni cosa pequeña, todo puede ser grande, puede ser heroico y ella era la persona más heroica que jamás pude imaginar, con su sencillez, era toda una lección de amor y de abnegación.

Sentía un profundo respeto hacia ella y en adelante jamás me burlé, ni la desprecie.

Luego dejé la casa para ir a ganar más en otra; hay que superarse en nuestro oficio, como en otros y para ello no hay que quedarse quieta en un puesto, como hacían las de antes y exigimos a cambio de lo que damos, tenemos nuestros derechos, nuestros privilegios y los hacemos valer al mudarnos de casa y por eso lo hacemos; si ésta no nos aumenta el sueldo, vamos donde otra que nos necesita, pero nos tiene que pagar lo que le pedimos, si no no entramos y puede que no encuentre otra, a no ser una novata que viene de fuera y se conforma, pero nosotras no y estas también pronto se acabarán, pues todo progresa.

VII

Yo sentía respeto hacia aquellas muchachas alegres, jóvenes y libres, pero sensatas, que tan bien se desenvolvían, las que vinieron un día, tal vez por poco tiempo y se quedan por toda la vida, que saben luchar y vencer, saben reír y padecer, que se juntan en grupos, bromean en el metro y añoran la tierra dejada. Ellas también son heroicas.

Y al recordar el relato de Manuelica, tan emocionalmente contado por la madrileña, no puedo menos de insertar en su loor o con su dolor.

La vérité
La genè, l'ordre et la nature, c'est la vie,
c'est, l'amour
La vie quelle belle promesse.
L'amour quel rêve voluptueux.
La vie te seduit, l'amour te entraîne
La vie t'attire, l'amour te captive.
La vie te donne du travail, l'amour de peine
La vie c'est terrible.
L'amour dangereux.
Au final la vie t'vaincue.
L'amour t'a blessé.
Et pourtant, la vie quelle belle promesse.
L'amour quel rêve voluptueux.

Traducción

La verdad.
El génesis, el orden y la naturaleza es la vida
es el amor.
La vida qué maravillosa promesa.
El amor que sueño voluptuoso.
La vida te seduce, el amor te atrae.
La vida te engarza, el amor te cautiva.
La vida te da trabajo, el amor pena.
La vida es terrible.
El amor es peligroso.
Al final la vida te ha vencido.
El amor te ha herido.
Y sin embargo la vida que maravillosa promesa.
El amor, que sueño voluptuoso

FIN